

# Orientaciones

## EL DESAFORTUNADO TESTAMENTO TEOLOGICO DE ALBERTO EINSTEIN

Una revista americana de gran circulación, publicaba en estos días una entrevista del Dr. Hermanns, acompañado del Sr. William Miller y su hijo, con el sabio Einstein, la cual tuvo lugar pocos días antes de la muerte del sabio.

El contenido de ella condensa, con bastante nitidez, el patrimonio teológico de Einstein. Sus declaraciones, que resultaron ser pronunciadas en visperas de su muerte, adquirieron por ello el carácter de testamento, de "última voluntad".

Cómo contrasta, con signo dramáticamente negativo, la pobreza de este legado filosófico, con la opulencia de la herencia científica que entrega a su época el autor de la histórica fórmula que determinó la "Era atómica" al probar que la materia es energía concentrada; el autor de la teoría de la relatividad, que hizo posibles los desintegradores atómicos; "el hombre que trazó un nuevo esquema del universo con su audaz concepción del tiempo como cuarta dimensión"; el Premio Nóbel-1921 por su fórmula sobre foto-electricidad, que sugirió la invención de la célula foto-eléctrica, para no hablar sino de algunos de sus aportes a la ciencia; "la personalidad más relevante de la ciencia contemporánea", como lo ha consagrado la publicidad.

Porque en esas declaraciones se nos revela Einstein, miope, contradictorio, vacilante en su pensamiento, negativo, quedándose a mitad de camino cuando apunta él mismo su rumbo, y abando-

nándolo definitivamente hasta estrellarse en la blasfemia de un panteísmo caliginoso, con respecto a su concepto de Dios.

En otras oportunidades la publicidad nos había entregado afirmaciones suyas, un tanto vagas ciertamente, sobre "la experiencia cósmica de la religión" de la que decía "es la fuerza impulsora más noble y enérgica... Mi religión consiste en una humilde admiración por el Infinito Espíritu Superior que se nos revela en pequeños detalles que podemos percibir con nuestra frágil y débil inteligencia".

Pero ahora formula contundente: "No creo en el Dios teológico que recompensa a los buenos y castiga a los malos... La presencia de un poder racional superior... revelado en el universo incomprensible, constituye mi concepto de Dios". A una pregunta de uno de sus interlocutores sobre si él había afirmado su creencia en la "Ley de leyes" ("Urgegesetz"), a la que se podía llamar Dios, respondió desaprensivo, encogiéndose de hombros, según relatan: "Uno está en completa libertad de llamar Dios a cualquier fuerza en la que crea..." "Yo no puedo aceptar ningún concepto de la divinidad basado en el temor a la vida, en el temor a la muerte o en la fe ciega. No puedo probarle que no hay un Dios personificado, pero si hablara de él sería un mentiroso..." "Uno no puede menos de sobrecogerse ante los enigmas de la eternidad, de la vida, de la maravillosa estructura de la realidad"...

¡Que decepcionantes estas raquíticas afirmaciones del gran genio de la física moderna! Por lo visto, quizá por ofuscación de prejuicios, —el enunciado negativo los delata— quiso encontrar Einstein contradicción entre el Dios teológico y el Dios cósmico de sus observaciones: Es decir, entre el Dios objeto del estudio de la Teología y el Dios Autor del Cosmos, revelado "en la maravillosa estructura de la realidad" del "universo incomprensible".

No supo, sin duda, que el Dios de la Teología de Santo Tomás de Aquino, que es la Teología católica, es ese "Dios cósmico" con cuyas huellas tropezó él en la observación del universo. Varios argumentos de los que agrupó aquel esclarecido genio del pensamiento, en sus "cinco vías" para probar la existencia de Dios, se fundan precisamente en la observación de ese cosmos de Einstein.

Estas son las cinco vías: 1º) del movimiento (observado en la naturaleza) se concluye la existencia del motor inmóvil; 2º) de los efectos y causas mundanas se concluye la existencia de la

causa primera e incausada o sea el ente "a se"; 3<sup>a</sup>) de la contingencia de las cosas se concluye la existencia del ente necesario; 4<sup>a</sup>) de los grados limitados de perfecciones se concluye la existencia de la perfección infinita en razón de ente, de bondad, de belleza, de verdad, etc.; 5<sup>a</sup>) del orden del mundo, se deduce la existencia del Ordenador perfectísimo. (1 q. 2, a 3).

Argumentos, por otra parte, que venían desde Aristóteles (384-322) y algunos de ellos desde Platón (429-348), los cuales recibieron un retoque cristiano en las aulas de la Universidad medioeval de manos del genio de Aquino, para probar la existencia del único Dios verdadero, el mismo atisbado desde Grecia y el glorificado desde la Sorbona de París.

¡Qué lástima que el sabio atómico partiera para la eternidad, sin haber tenido tiempo —esa "su" nueva dimensión— para digerir estas breves líneas de Aristóteles! "El orden es obra de un ser dotado de inteligencia; es así que este mundo está ordenadísimo, como se puede observar en los astros en la relación que guardan entre sí y en orden al bien de nuestra tierra; luego todo el mundo es regido por una inteligencia, que es Dios". (Aud Cicero-nem. "De natura deorum", 2, 37).

**"No puedo probarle que no hay un Dios personificado"**.— Y si no puede probarlo, como ni tampoco lo contrario, ¿por qué no lo acepta personificado, aunque él no haya descubierto su prueba, como tuvo que aceptar en la misma Física o Química muchos postulados y datos obtenidos por otros cerebros que le precedieron y que él no tuvo tiempo, entre otros motivos, de probar su autenticidad, por dedicarlo a otras elucubraciones? ¿Verificaría Einstein la velocidad de la luz, los pesos específicos de los cuerpos, por ejemplo? Si no estaba solo en el mundo. Si no hizo él toda la ciencia, ni siquiera la nuclear. ¿Por qué no aceptar, en un problema tan trascendente, el raciocinio sencillo, que podría caber en cinco líneas, diseñado por otros talentos, raciocinio que concluye en lógica, tan matemáticamente como cualquiera de las fórmulas del pizarrón de su estudio, la ecuación entre esa Inteligencia ordenadora del cosmos —"Poder racional Superior", "Infinito Espíritu Superior" los llama él— y el Dios personal? Es decir, que esa Inteligencia es "una substancia racional completa que subsiste incomunicablemente", que es la noción aristotélica y tomista de persona.

Pero en cualquier caso debió aceptar además la realidad del Dios Histórico.

Es decir, el Dios que hizo su aparición en la Historia y entregó a la Historia su palabra divina, para revelar no sólo su existencia sino su naturaleza, sus atributos y su amor de Padre y Creador de los humanos.

Es precisamente testimonio de un hebreo, Pablo de Tarso, que llevaba la misma sangre racial que Einstein, el siguiente encabezamiento del mensaje especial que dirigiera a los hebreos. "Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los profetas: nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos y cuánto ha existido en ellos; el cual siendo como es el resplandor de su gloria, y vivo retrato de su sustancia, y sustentándolo todo con su poderosa palabra después de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos". (Hebr. 1, 7 sgs.)

El Concilio Vaticano, que se clausuró en Roma en 1870, nueve años antes del nacimiento del físico alemán, esculpió la siguiente fórmula que traza el camino de la fe en Dios para quienes aceptamos al Dios teológico, al Dios cósmico y al Dios Histórico en una sola identidad, sin desintegraciones explosivas, absurdas, de esta única realidad. Y la aceptamos por convicción documentada y libre, y no "basados en el temor a la vida, en el temor a la muerte o en la fe ciega" (:indocumentada).

... "La misma Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza, a poder de la luz natural de la razón humana deduciendo de las cosas creadas; "las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas" (Rom. 1, 20); sin embargo, plugo a su sabiduría y bondad, revelarse a Sí mismo al género humano por otra vía igualmente sobrenatural y revelarles los eternos decretos de su voluntad, según dice el Apóstol: "Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los profetas: nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo" (Hebr. 1, 1 sgs.). D. B. 1785.

Y si Dios ha dejado oír su voz a los humanos, en el escenario de la Historia, ya no sólo ha dejado entrever su huella en la "maravillosa estructura de la realidad del universo incomprensión-

ble”) debe ser empeño de todo hombre de buena voluntad cerciorarse de la autenticidad de ese hecho, de la autenticidad de esa palabra divina y exigir garantías del aval divino a quien dice hablar en nombre de Dios o dice ser en persona el mismo Dios.

Para Einstein que rehuía “la fe ciega” tenía en este proceso la prueba de que la fe del “teólogo” no es ciega, porque su intelecto exige credenciales e investiga en los motivos de credibilidad para poder entregar el asentimiento de su razón a la palabra de Dios y al mismo Dios. “Obsequio racional”, llama San Pablo el que se le hace a Dios al aceptar incondicionalmente su autoridad infalible. Racional, porque se le entrega la razón y “obsequio razonable”, prestado con suficientes garantías para la razón, de que no se le va a extorsionar aceptando el absurdo, pues se confía a Dios.

Pero una vez que el hombre ha descubierto que Dios ha hablado, no le queda otro camino lógico, sea sabio o ignorante, —siempre será un átomo invisible y microscópico ante la majestad de Dios el genio más deslumbrante— no le queda otro camino, decimos, que creer en su existencia y en su naturaleza, no porque Einstein ha sorprendido las maravillas del átomo en el universo o porque Platón o Aristóteles han construido un magnífico argumento filosófico, sino porque Dios ha hablado. Y tiene que creer en ese “Dios Histórico” y personal, tal como El se nos ha descrito, no es libre para llamar Dios “a cualquier fuerza en la que uno crea”...

Pero para esto el sabio químico tenía que haber salido de su estudio de papeles revueltos y tiza, como salió de él al Hospital de Princeton a buscar la salud, la vida, confiándose a ésta, no a las fórmulas de la Física o de la Matemática, obtenidas en su pizarrón o en su mesa de trabajo, sino a quienes competía por su profesión este cometido, aunque ninguno de ellos fuera Premio Nóbel. Para buscar su salud espiritual, su vida eterna debía haber salido de sus fórmulas a consultar a la Historia, a la Filosofía, a la Religión. Descendiendo para ello de su pedestal de cerebro excepcional y genio reconocido internacionalmente.

Al fin y al cabo él fue autoridad solamente en Física y Matemáticas. Ante la Medicina, por ejemplo, fue un paciente más, mendigo de su ciencia. Ante la Filosofía, la Teología, debía haber sido en sana lógica un mendigo de la verdad, sin invadir sus fronteras con aire de suficiencia. Nunca debió constituirse en forjador infatuado de un absur-

do “credo cósmico” para uso exclusivo de él, genio “universal”.

En el correr de la entrevista a la que hemos hecho alusión más arriba, fue interrogado Einstein asimismo sobre la existencia del alma.

—“Pero V. sí cree que tenemos alma, insistió el Dr. Hermanns”.

—“Sí; siempre que por alma se entienda el espíritu vivo que nos impulsa a hacer obras buenas en beneficio de la humanidad”.

¡Nueva decepción! No creemos que esta definición del alma humana le mereció el Premio Nóbel. Más que una definición filosófica, que era lo que se le pedía en aquella oportunidad, dijérase es un “canto emocional al alma bondadosa”. Pero ¿es para él el alma principio de vida, de acción, de intelección, de volición? Las acciones malas o las que no van en beneficio de la humanidad ¿no están animadas por el alma?

La Filosofía es ciencia seria, que no se improvisa con frases de colorido. El que es autoridad de prestigio en una especialidad se expone al ridículo si pisa con el mismo aplomo que sus feudos, aquellos en los que es un turista despistado y nada más. Compromete su prestigio intelectual.

Como epílogo, no olvidemos que estos desplantes teológicos y filosóficos del autor de la teoría de la relatividad, quedan amortiguados en el concierto universal de sabios que, a lo largo de la Historia, han hecho profesión palmaria de fe ortodoxa en el verdadero Dios.

El Dr. Donnert, entre otros muchos que han abordado el tema, presenta una estadística de creencias realizada entre sabios de primera fila en las ciencias. De cuatrocientos veintitrés principales investigadores de las ciencias naturales, cuatrocientos son abiertamente deístas y reconocen la necesidad de un Dios Creador universal. Es decir, el 95 por ciento. De los restantes, 2 por ciento son materialistas y el 3 por ciento no sostienen ninguna opinión. (DONNERT “La religión y el investigador materialista”, París 1932).

¡Qué radiante destaca junto a la penumbra del legado religioso-filosófico del sabio atómico, el testamento teológico de otro gran sabio, compatriota suyo, Juan Kepler, astrónomo, quien también entregó a su época (1571-1630) una herencia fastuosa de ciencia. Fue autor del enunciado de las leyes que llevan su nombre: 1° las órbitas planetarias son elipses en que el Sol ocupa uno de los focos; 2° las áreas descritas por los radios vectores son proporcionales a los tiempos; 3° los cuadrados de los tiem-

pos de las revoluciones planetarias son proporcionales a los cubos de los ejes mayores de las órbitas.

Escribía así:

"Es inminente el día en que nos será dado leer a Dios en el gran libro de la naturaleza con la misma claridad con que leemos en las Sagradas Escrituras, y contemplar gozosos la armonía de ambas revelaciones. Ese día vuelvo a repetir, ha llegado ya, y a cada momento que transcurre avanza más esplendoroso hacia el cenit... La ciencia, la verdadera, la legítima, la auténtica ciencia lo ha traído; esa misma ciencia convertida antes en avanzada del ateísmo".

"Antes de levantarme de esta mesa, sobre la que he hilvanado todas mis investigaciones, no me queda sino levantar mis manos y mis ojos al cielo, y dirigir una humilde plegaria al autor de toda luz. Oh Tú, que por medio de las que has esparcido en la naturaleza levantas nuestros deseos hasta la divina luz de la gracia a fin de que nos veamos un día transportados a la eterna de la gloria; yo te agradezco, Señor y Creador, todas las alegrías que he sentido durante los éxtasis, a los que me ha levantado la contemplación de tus obras. He escrito estos renglones que contienen el resumen de todas mis

labores científicas, para proclamar ante el mundo la grandeza de tus obras".

Esto es mensaje, aquí hay contenido, hay seriedad. Reconforta el espíritu, como este himno triunfal debido a Cauchy, célebre matemático francés, a quien se ha llamado 'el príncipe de los matemáticos del siglo XIX': "Yo soy cristiano, es decir, yo creo en la divinidad de Jesucristo con Copérnico, Ticho, Brahe, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Grumaldi, Euler, Guldin, Guerdil, Vošcowich, con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados, más aún, entre ellos; y si me preguntara la razón, la diría con un gusto extraordinario, y se vería que mis convicciones son el resultado, no de prejuicios de nacimiento, sino de un examen profundo".

Ha divulgado alguna publicación que Einstein sentía preferencia por el estudio del fenómeno de la ondulación de la luz y se lo recomendaba con insistencia a sus discípulos. ¡Qué lástima no alcanzara a encontrar a la "Luz del mundo". Al que es Alfa y Omega (Principio y Fin del Cosmos). La fórmula de su vida hubiera adquirido exponente eterno integrando en ella estas dos constantes de eternidad luminosa.

FEDERICO MUNIATEGUI, S. J.

